

# Diego Tatián Baruch



## ÍNDICE

Lección de anatomía	9
Ladino	13
Vis existendi	17
Odio y excremento	19
Fruir más allá de la lengua	21
Voorburg, más tarde	23
Sibolet	27
Etcétera	31
Gramática y gratitud	35
Melancólicos, tristes, sordos y sabios	41
La busca de Abentofail	45
La busca de Averroes	49
El misterio de Niccolò	51
Un cuadrito que representa a un tipejo	55
Herencia	59
Pescador	61
Curaçao	63
El panteísmo y la nieve	65
Museo de zoología	69
El libro en el jardín	71
Darse vuelta	73
Praeclara	77
<i>Post-scriptum</i> . Spinoza como símbolo	79

## GRAMÁTICA Y GRATITUD

En la biblioteca inventariada de Spinoza, no pasa desapercibida una pasión muy singular por léxicos, gramáticas y diccionarios, colección elocuente que trasunta un marcado interés por la lengua. Ese inventario consigna el siguiente repertorio: Johannes Scapula, *Lexicon graeco-latinum* (Leiden, 1652); Philippus Aquinas, *Dictionarium absolutissimum complectens... omnes voces hebraeas, caldaeas, talmudico-rabinicas* (Paris, 1629); Nathan Mardochai, *Concordantia hebraica* (Basilea, 1580); Nathan ben Jechiel, *Lexicon talmudico-rabbinico-chaldaicum* (Ámsterdam, 1655); *Dictionarium lat. gall. hisp.* (Bruselas, 1599); Gerardus Vossius, *Aristarchus sive de arte grammatica libri septem* (Ámsterdam, 1662); Ambrosius Calepinus, *Linguarum nov... dictionarium* (Leiden, 1654); Cornelius Schrevelius, *Lexicon manuale graeco-latinum et latino-graecum* (Leiden, 1654); Lorenzo Franciosini, *Vocabolario italiano e spagnuolo* (Ginebra, 1665); Johannes Buxtorf, *Thesaurus grammaticus linguae sanctae hebraeae* (Basilea, 1629); Martines Binnart, *Bigloton amplificatum sive dictionarium teuto-latinum* (Ámsterdam, 1662); Elia Levita, *Grammatica hebraea* (Basilea, 1543); Johannes Renius, *Tirocinium linguae graecae* (Ámsterdam, 1651); Gerardus Vossius, *Institutiones linguae graecae* (Ámsterdam, 1651); Gaspar Scioppius, *Grammatica philosophica...* (Ámsterdam, 1664); Gerardus Vossius, *Rudimento linguae graecae* (Leiden, 1617); Ulrick Raetken, *Gramatica o instruccion para quien deséa deaprender*

*perfectaménte à leér, escriuoir i pronunciar la léngua española, compuèsta por U. R., maestro de las lénguas española, portu-guèça, alemana àlta i bàxa i flamenca; de la aritmética; libro de caxa...* (Ámsterdam, 1653); *Colloquia et dictionarium linguarum* (Ámsterdam, 1598).

La acumulación de estos instrumentos de trabajo no admite ser adjudicada a la casualidad sino a una muy explícita política del lenguaje: la resistencia a la lengua única, la democratización de la filosofía (que en este caso aspira a ser democrática a su vez), el interés por la diseminación de las culturas, un universalismo militante concebido como consustancial al trabajo filosófico –que después de todo es un trabajo con las palabras–, y una explícita voluntad de crear las condiciones para el mutuo entendimiento de los hombres. En Spinoza el lenguaje es una institución política por antonomasia y la disputa de su hegemonía y administración a los poderes fácticos (en este caso la monarquía y el clero), una tarea que involucra de manera decisiva la práctica del pensamiento que llamamos filosófico.

¿Cómo, de qué, con cuál propósito, para quién se escribe en filosofía? En el caso del spinozismo y los autores radicales de Ámsterdam, el contenido político de la filosofía no es independiente de su popularización. La construcción de una filosofía popular, protegida por el anonimato, el pseudónimo, la clandestinidad y orientada a la emancipación religiosa y política, testimonia aquí una confianza en la potencia transformadora de las ideas, una paradójica articulación de radicalismo y prudencia, sin jamás apartarse de un realismo estricto.

El trabajo contra la superstición comienza por una intervención sobre la lengua. La “lexicografía subversiva” de ese movimiento intelectual que articulaba radicalismo democrático y emancipación con sede en la escuela de Van den Enden y en la librería de Jan Rieuwertsz, encuentra

una de sus estaciones fundamentales en la trágica historia de los hermanos Johannes y Adriaen Koerbagh.

Adriaen pone en el centro de su trabajo la cuestión, dramática e intensa, que se interroga por las maneras de hablar de la filosofía y la cultura, y pone en marcha la subversión de las existentes para su apertura a las clases populares. Perteneció al círculo del maestro lucianista, en cuya escuela de latín trabó amistad con Spinoza, que fue estrecha entre 1661 y 1663. El título de su obra más célebre resulta por demás significativo: *Un jardín florido compuesto de toda clase de delicias sin tristeza, plantadas por Plácido Bocasincera, buscador de verdades, para uso y provecho de todo hombre que quiera sacar de allí algún uso o provecho. O sea una traducción y una explicación de todas las palabras y maneras de hablar bastardas sacadas del hebreo, el griego, el latín, el francés y otras lenguas extranjeras que son usadas (lo que es deplorable) en teología, derecho, medicina y en todas las artes y todas las ciencias, e incluso en el uso cotidiano de la lengua holandesa.*

Se trata de una verdadera enciclopedia práctica al servicio de las clases populares, llena de subjetivismos y usos de la primera persona, donde se abordan temas tales como medicina, cocina, educación sexual, ciencia, derecho, crítica bíblica, pintura, filosofía... –compendio heterogéneo y múltiple de saberes considerado por algunos como un antecedente de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert. El propósito de su autor al redactar este diccionario, como puede deducirse de la aluvional titulación, era sin dudas más político que filológico o puramente lingüístico: atacar el lenguaje de los especialistas y los doctos, incomprensible para el pueblo, y proporcionarle a la gente sin instrucción una herramienta de acceso a la ciencia, la medicina, el derecho y la filosofía.

La publicación del *Jardín* cometía la imprudencia de criticar, entre otros, el dogma de la Trinidad en lengua vernácula, y denunciar su instrumentación política por los teólogos. Atacaba en holandés corriente a las elites

(juristas, médicos, teólogos, académicos) que monopolizaban el lenguaje, el saber y la cultura. Tras una delación, las autoridades de Ámsterdam arrestaron a Adriaen en Rotterdam, desde donde fue trasladado encadenado en una jaula abierta y condenado, entre otras cosas, a diez años de prisión. Koerbagh declaró el 20 de julio de 1668 – tenía treinta y cinco años–; se ha conservado el documento de su declaración. En ella dijo dos veces “sí” y tres veces “no”. Dijo sí cuando le preguntaron si había compuesto la obra intitulada *Un jardín florido...*; también cuando inquirieron si lo había hecho sin ayuda de nadie. Dijo “no” cuando le preguntaron si había conversado sobre el contenido de la obra con Spinoza o con su hermano. Dijo “no” cuando le preguntaron si tuvo conversaciones con Spinoza sobre la lengua hebrea. Y finalmente, “preguntado por las palabras de su *Diccionario* hacia mitad de la página 664, que comienzan: *quien ha sido propiamente el Padre de Jesús*, si ha hablado de esta doctrina con Spinoza, dice no”. Adriaen protegió a su amigo de toda responsabilidad por ese vademécum de spinozismo práctico escrito en lengua popular, sin dudas a resultas de muchas y largas conversaciones sobre todas las cosas, y en particular sobre el manuscrito provisorio de la *Ética*. Una sola palabra suya y Baruch, también él, habría acabado en la prisión de Rasphuis.

Confinado en la sección de delincuentes peligrosos, poco más de un año después, el 15 de octubre de 1669, quebrado, Adriaen Koerbagh moría en la cárcel. Sin dudas se trató de un golpe devastador para el grupo de librepensadores amstelodanos que desde hacía más de diez años había emprendido una poderosa aventura político-cultural contra la superstición y la servidumbre. Aunque Spinoza no nos haya dejado ninguna referencia directa a la muerte del amigo, sin duda conmovida aún por esa tragedia, la pluma que redactaba el *Tratado teológico-político* (1670) deja leer entre líneas, en varios pasajes, alusiones de sentido inequívoco; en particular uno del capítulo XX

que parece estarle dedicado –acaso la entera invención democrática que trasuntan las páginas finales de este libro sea una derivada de la amistad. “*¿Qué puede haber más pernicioso [para el Estado] –se lee allí– que tener por enemigos y llevar a la muerte a hombres que no han cometido ningún crimen ni fechoría, simplemente porque son de talante liberal; y que el cadalso, horror de los malos, se convierta en el teatro más hermoso, donde se expone, ante el oprobio más bochornoso de la majestad, el mejor ejemplo de tolerancia y de virtud? Pero quienes tienen conciencia de su honradez... consideran honroso, no un suplicio, morir por una buena causa y glorioso morir por la libertad*”.

También parece haber sido el proceso por herejía y la suerte aciaga de los hermanos Koerbagh lo que llevó a Spinoza a extremar toda prudencia y manifestar su preocupación al enterarse de que el *Tratado teológico-político* había sido traducido al holandés y estaba en proceso de publicación. Una versión holandesa de la obra sería desastrosa, no sólo porque tendría la inevitable consecuencia de su prohibición (no obstante los obstáculos que debió sortear fue formalmente prohibido recién en 1674, es decir dos años después del asesinato de los hermanos De Witt), sino también porque era probable que desencadenara un proceso por herejía en su contra, similar al que llevó a la muerte a Adriaen.

Desesperado, en febrero de 1671 Spinoza le escribía a Jarig Jelles: “El profesor N.N. en su reciente visita me contó, entre otras cosas, que mi *Tratado teológico-político* ha sido traducido al holandés y que alguien, no sabía quién, había decidido mandarlo a imprimir. Le ruego, pues, con toda seriedad, que ponga todo su interés en informarse de ello, a fin de impedir, si es posible, su impresión. Este ruego no es solamente mío sino también de muchos de mis conocidos y amigos, que no verían de buen grado que se prohibiera este libro, como ocurrirá, sin dudas, si se publica en holandés. Confío firmemente que usted nos

prestará este servicio a mí y a la causa". Finalmente, la intercesión de Jelles parece haber tenido éxito y la versión holandesa –de Glazemaker– no aparecerá hasta 1694.

¿A qué llama Spinoza, en la última línea citada, "la causa"? Una militancia intelectual colectiva cuyo centro es una política de la lengua, se subordinaba –en el caso de Spinoza, aunque no de su amigo Koerbagh– a una cautela y una conciencia del significado que revestía la operación filosófica en curso. Esa conciencia era la de estar transitando una cornisa.

Una tarde pensó en el silencio de Adriaen ante los jueces que lo condenaron. Lo que en realidad pensó es que ese silencio le había salvado la vida. Estaba triste pero quiso escribir algo que no lo fuera; lacónico, anotó en el folio manchado por descuido: "sólo los hombres libres son agradecidos entre sí". Esa línea de la *Ética* sería, enigmática, un secreto homenaje a su memoria.

Diego Tatián recorre en este libro –cuyo título sugiere que se tratará, si no es absurda la distinción, más con el hombre que con el filósofo– algunas historias poco conocidas, laterales de la vida de Spinoza. Manteniéndose en el umbral entre el cuento, el ensayo y la filosofía, Tatián va componiendo *una imagen* (como tal vez diría Benjamin) del autor de la *Ética*. Preciosos veintidós capítulos, en que se entrecruzan el hombre –el niño, el amigo, el hermano, el compañero, el hijo, el maestro, el inquilino, el solitario, el olvidado, el muerto– y el filósofo –la obra–. Tatián, sin embargo, a la manera de Borges con Valéry, no hablará de “una imagen de Spinoza”, sino de “Spinoza como símbolo”: “de la palabra libre, de la singularidad lúcida”, pero también de militancia, de “deseo de comunidad”:

*“Filósofo de la necesidad, el autor de la Ética nos lega la idea preciosa de que la historia –cualquiera sea el momento en el que nos haya tocado nacer– está radicalmente abierta a un trabajo del pensamiento y de la militancia (que es una forma del pensamiento). Símbolo de la palabra libre, de la singularidad lúcida, Spinoza lo es al mismo tiempo del filósofo que toma por su objeto más eminentemente filosófico los avatares colectivos orientados a la igualdad, a los encuentros políticos y las composiciones de indeterminada pluralidad, que todos los tiempos producen con intensidad mayor o menor. Esa encrucijada de soledad serena y deseo de comunidad; de cautela y apertura a los demás; de lucidez filosófica y pasión política, dotan a la aventura spinozista de una extrañeza sensible que logra conjugar amor y pensamiento –según nos lega su expresión “amor intelectual”–, y de una potencia crítica que jamás subordina la emancipación al poder –sino siempre al revés– ni la transformación colectiva a la línea recta de la desgracia”.*

